

JÓVENES PISTOLEROS

21 DÍAS EN EL CORAZÓN DE UNA PANDILLA

EN POCO MÁS DE UN MES, TRES CASOS DE NIÑOS HAN APARECIDO EN LOS MEDIOS POR ASUNTOS DE ARMAS. NIÑOS Y ADOLESCENTES ENTRE 14 Y 17 AÑOS, DISPARÁNDOSE ENTRE ELLOS. UN PERIODISTA PASÓ TRES SEMANAS CON UNA "CLICA" DE VILLA FRANCIA: UNA PANDILLA DE NIÑOS ARMADOS QUE SALEN A ROBAR Y GASTAN EL TIEMPO DROGÁNDOSE EN LAS ESQUINAS. VIO DESDE ARMAS CONVENCIONALES HASTA FORMAS DE CÓMO HACER UNA GRANADA ARTESANAL. ESTE ES SU RELATO. **Por ARTURO GALARCE**

Todas las mañanas T.P. saca su pistola calibre 6.35 especial por debajo del colchón, y la revisa. La descarga, la cierra, apunta y dispara sólo para oír el click. Le gusta cómo suena ese click, y también le gusta cómo suenan todos los pequeños engranajes de su pistola. Entonces vuelve a cargarla, la pone a un costado, y se levanta para vestirse con las mismas ropas del día anterior. Luego toma el arma, y si no está en problemas, la pondrá nuevamente bajo el colchón. De lo contrario, la enfundará en el borde del buzo contra su barriga y sólo así saldrá a la calle. En dos meses más T.P. cumplirá los 15 años.

Esta es la historia de un grupo de niños y adolescentes, que hablan de armas como si se tratara de las láminas de un álbum. Saben dónde comprarlas, cómo cargarlas, cómo dispararlas. Y saben también cómo fabricarlas. Cada uno de los niños a continuación pidió mantener su identidad en reserva junto con el de su "clica" (pandilla).

Los nombres son ficticios; los casos, reales.

PRIMER CONTACTO

De algunos cables de luz de la Villa Francia cuelgan todo tipo de zapatillas. Algunas nuevas, como recién lanzadas de la caja, y otras tan viejas como gastados trozos de trapo. Todas colgando alineadas, marcando el cielo de poste a poste. Nadie las quita. Todos saben lo que las zapatillas sobre nuestras cabezas significan: frontera.

"Nosotros mismos las tiramos pa' avisar que el territorio es nuestro. Nadie más se puede meter ahí. Ni de otra clica, ni nadie", me cuenta T.P. mientras atravesamos un peladero desolado rumbo a su clica: adolescentes de entre 14 y 17 años con mirada de adulto.

Hace algún tiempo conocí a T.P. junto a algunos de sus amigos, intentando reportear los instantes previos al Día del Joven Combatiente. En aquel entonces ninguno quiso hablar. Ahora, según dicen, hablarán conmigo sólo si cumplo con las condiciones de la clica: sacar la grabadora cuando ellos digan, nada de fotos, y no hablar con nadie más de la Villa que no sean ellos.

"Si los encapuchados –así llaman a los grupos más organizados– se enteran de que hablamos con un periodista, primero nos buscan a nosotros pa' ajustar cuentas y después a ti", me dirían más tarde.

Moreno y con una cicatriz en su brazo, T.P. se abre paso entre las piedras y los escombros con habilidad. Ya estamos cerca. Un par de chicos me reconoce a la distancia y me saludan moviendo la cabeza. El resto me ignora mientras juegan con su saliva estirándola hasta casi tocar el suelo.

Sólo cuando me tienen lo suficientemente encima me saludan. "Ya po'. Di altiro. ¿De qué querís hablar?", me dice uno con la botella de cerveza entre las manos, luego de tragarse la saliva. "De armas", le digo. "¿Querís comprar una?", me pregunta otro, pasándome un celular con la foto de un pistolón de caño largo. "Doce luquitas, no má, compadre", me ofrece.

Le contesto que no. Que no ando buscando armas, pero que sí quiero hablar de ellas. "¿Y cómo sabemos que no soi rati?", me increpa N.D. Entonces se pone de pie y me manotea el bolso. N.D. es el más grande. Tiene 17 años y el rostro marcado con cicatrices

y un poco de acné. Lleva aros en cada oreja y cursa segundo medio en un Liceo Industrial de otra comuna, lejos de acá.

Me quito el bolso y les muestro todo lo que llevo, incluido el carné. "Ya, dónde tenis la tifa", bromea con tufo a cerveza cuando termina de revisar mis cosas. Luego las devuelve y me estira la mano. Me advierten que a la primera cosa rara, habrá represalias.

CIUDAD DE DIOS

En poco más de un mes, tres casos de niños han aparecido en los medios por asuntos de armas.

El primero fue un chico de 14 años que despachó seis tiros contra otro de 16, matándolo en una pelea de pandillas en La Pintana. El segundo fue en la comuna de El Bosque: un chico también de 14 años disparó directo al tórax de un compañero de colegio de 17, hiriéndolo gravemente (el arma fue arrendada por 50 mil pesos). El último, de 17 años, fue sorprendido hace unos días con una pistola calibre 32 en la mochila. Lo tomó del velador de su papá sólo para amenazar a un compañero de colegio en Viña del Mar.

La Villa Francia queda en el límite entre Estación Central y Cerrillos. Lo primero que se ve al llegar es una fila de blocks donde

"BUSQUEN PIEDRAS COMO ÉSTA", LE DICE N.D. A UN GRUPO DE NIÑOS, Y MUESTRA UNA DEL TAMAÑO DE UNA MANZANA. EL JOVEN ENSEÑA CÓMO USAR UNA BOLEADORA Y TIRAR PIEDRAS. "ESO SE APRENDE DESDE CHICO ACÁ", CUENTA.

sobreviven en perfecto estado murales de la década del 70. Durante años, colectivos artísticos junto a los vecinos se han dedicado a restaurarlos, buscando mantener fresca la memoria del lugar, los mensajes de lucha y los retratos de gente asesinada durante la década de los 80.

Tras los blocks, se abren paso calles estrechas que demarcan villas de casas pequeñas con antejardines. Calles donde conviven casi once mil residentes entre trabajadores, universitarios, feriantes, dueñas de casa, niños, peruanos, escolares, narcotraficantes y pandillas armadas.

Calles por las que, de vez en cuando, vuelan papeles con instructivos de cómo armarse. "Uno nunca ve quién los tira", me dijo un chico de la clica. "Un día vai caminando por la calle y veís papeles, los recogís, y veís que dice 'lucha, organizate', y atrás sale una botella, cuánto aserrín, cuánta bencina, la mecha, cómo tirarla. Cómo hacer una molotov. Aquí hay cabros chicos de 10 años que andan con mochilas llenas".

Es mi segundo día en la Villa y el poco viento que corre huele a detergente. Las prendas de ropa recién lavadas flamean desde las ventanas de los blocks y ningún chico de la clica aparece. Nada de acuerdos. Quedar de acuerdo sólo les genera desconfianza, así que me siento en una banca al costado de una cancha.

Al rato aparece T.P. Viene despacio y viste igual que ayer: polera



JOSE MOLINA

Barricadas, molotov, enfrentamientos, heridos. Villa Francia es uno de los sectores de Santiago más violentos durante las protestas.

roja gastada, buzo verde, y un par de viejas zapatillas negras. No hay "taco" (problema), así que no viene armado, y sólo camina por una estrecha calle con los ojos somnolientos y la almohada marcada en la nuca. Me saluda cordialmente y le pregunto si puedo entrevistarlos. Accede.

Al sentarse a mi lado se quita las zapatillas y puedo ver sus pies saturados de ampollas. "Si po', yo tengo pistola y toa la mano (movida). Un 6.35 especial, una pistola chica pero no 'matagatos'. ¿Los 'matagatos'?, esos son los 22 corto. Son de longis, po'. Nosotros tenemos puros fierros bonitos. Tenemos un 38 Taurus, un 9 milímetros, y una escopeta pajera de doble cañón. Y ahora nos van a traer un Colt 45".

T.P. recita nombres de pistolas con la fluidez de un maestro armero. Sin despegar sus ojos de los míos, se repasa las legañas con el índice izquierdo y continúa: "Nosotros no andamos buscando jugo, pero cuando tenemos que peliar, peliamos. No saben ná que cuando a uno le entra el chucky, es más malo que ellos. Antes de sacar las pistolas, son los combos. La otra vez no má le puse un balazo a un cabro en la mano. Quedó pa' la cagá".

T.P. me dice que conseguir un arma es fácil. Que, incluso, a veces sólo las arriendan para salir a robar. "Tenís que cachar las movías no má, tenís que saber quién vende fierros. Quién los mueve". Le pregunto cuánto dinero es necesario para comprar una buena pistola. "Depende cuál querái. Por ejemplo, un 9 te cuesta entre 35 y 40 lucas. Un 38 Taurus, lo mismo. Un 6.35 te sale como 20, 30 lucas. Y el Colt 45, si en armería vale una gamba, movía te sale unas 30 lucas. Son baratas porque vienen manchadas. Tienen sus tacos (problemas). Son de giles que se han piteado a alguien con las pistolas. Por eso no las sacamos. Las sacamos cuando vamos a otros lados o cuando hay taco. Si te pillan los pacos con un arma manchá, cagai".

Mientras conversamos, aparecen consumidores de pasta base

-pasteros- con el cuero pegado a los huesos, como un globo desinflado. Fantasmas de pasta base completamente inofensivos, pidiendo monedas con voz de hilo para un mono de pasta. T.P. no les presta la más mínima atención.

EL MIEDO EN EL CUERPO

Ya estamos de pie y caminamos para buscar al resto de la pandilla. Un par cuerdas y mientras T.P. pateo trozos de vidrio en el suelo, dos balazos quiebran el silencio tronando a pocos metros del lugar. ¡Páh!, ¡páh!. Es poco más de mediodía. T.P. me mira y sonrío. "No te persigái", me dice. "Camina no má".

Luego dice que tiene ganas de "salir a moverse" (robar).

Es lo único que puede hacer, dice. Ya no lo aceptan en ningún colegio. No hay muchas oportunidades. Cuenta que no hay nada más que hacer en el día que sentarse en la plaza, buscar algo con qué drogarse o salir a robar. Tomamos asiento.

T.P.: "No me gusta esta vida. Toy terrible e' chato. A veces no puedo ni andar ni tranquilo en la calle. Pal lado que voy me quieren pegar". Aquél es el único momento en que su rostro toma cara de niño y deja de sonreír como cuando habla de pistolas. Pero le dura poco. Sólo basta que le pregunte sobre qué otras armas ha visto y T.P. vuelve al tema de los "fierros" con la misma sonrisa que cuando tronaron los balazos.

"Acá hay Magnum, hechizas, hasta un Francotirador hay por ahí. Metralletas, también. Una metralleta movía sale como una gamba. Esas sirven pa' una quitá. Una quitá es cuando vamos a robarle la droga a los narcos. Andamos en auto. Vamos como en tres autos, quitamos monedas, pistolas. La droga es lo más importante. Después, a puro carretear. Ahora luego vamos a hacer una. Lo que pasa es que nosotros conocemos al 'narco', pero ellos no nos conocen a nosotros".

Minutos antes de que aparezca el resto de la clica por el fondo de la calle, T.P. me cuenta que los mejores lugares donde ir a robar son las bencineras y las farmacias. "Hay que tener coraje, no má".

Agrega: "Igual urge caer preso de nuevo. Ahora estoy firmando, si no, me mandan a la Santiago Uno. La nueva (cárcel) que están haciendo. Ya estuve dos meses preso y lo único que hacía era comer, dormir y pelear. Comer, dormir y pelear. Y como no se pueden entrar armas, adentro tenís que aprender a hacerte puntas (puñal) con los cepillos de dientes pa' defenderte".

T.P. da unas miradas alrededor. "Guarda la grabadora", me dice. Le pregunto por qué, mientras la escondo. "Vienen los cabros, allá al fondo". T.P. se pone de pie. Quiere ir a "moverse", pero solo. Se marcha sin siquiera saludar a sus amigos.

ESCUELA DE PÓLVORA

N.D. camina delante del resto con la propiedad que le da ser el mayor del grupo. Trae polera blanca manga corta y un buzo del Colo. Lo siguen A.S., un flaco de 15 años con cabeza de jbaro y los ojos redondos como un muñeco; C.B., un niño de 14 años con los brazos más musculosos y magros del grupo que bromea más atrás con J.G., un chico serio de 16 años con los nudillos cubiertos de verrugas.

N.D. me da un palmazo en el hombro. "Cómo estai", me dice. Bien, replico, y de pasada les pregunto a ellos. "Volados", contestan.

Se sientan en la banca de la plaza junto al canal y me dejan de pie. J.G.: "Así que querís hablar de armas. ¿Sabís hacer granadas?". No, digo sorprendido. A.S. se inquieta y le dice algo al oído. Puedo oír cómo dice que no me diga nada. Actúan extraño. Murmuran entre ellos, y por primera vez siento desconfianza. J.G. no hace caso. Chispea los dedos y toma una delgada rama. Con los pies limpia y marca un perfecto cuadrado en la tierra y comienza a trazar líneas.

"¿Cachái los tarros de jurel?", me pregunta, mientras dibuja uno en la tierra. Entonces me enseña a hacer una granada hechiza con pólvora, pernos, clavos, mecha y papel de diario. Todo dibujado ilustrativamente en la tierra. "Y listo", termina diciendo. "La prendís. Si querís, la tirái, o si querís, la dejái y arrancái".

A hacer armas hechizas aprendieron mirando a las clicas más viejas en alguna esquina, o con algún maestro en un taller mecánico. N.D. me cuenta que no a cualquiera le enseñan, que a veces te invitan y te muestran cómo unir trozos de fierro hasta conseguir un arma casera. Después el conocimiento es propio y sólo se necesitan las herramientas.

Luego de la clase, J.G. borra el dibujo, tira la rama, chista con la boca y se pone de pie para sacar trescientos pesos del bolsillo. Le faltan doscientos para un papelillo de paraguayo prensado (pito de marihuana). C.B. se los pasa. Me piden que los acompañe.

Del lugar donde nos encontramos hasta la casa donde venden la droga, sólo nos separan tres esquinas. En cada una de ellas hay grupos de entre seis y diez tipos bebiendo, dándose "pipazos" de

pasta o jalando cocaína. Es un largo camino.

En su mayoría, la Villa Francia es un lugar tranquilo, salvo este sector cerca del canal. Acá, como en tantas otras partes de la periferia santiaguina, se mueve la droga. Cada vez que sorteamos una esquina, alguno de los tipos mira a N.D. y le hace un gesto con la mano en el pecho como si tiraran de una tifa imaginaria. Yo miro al suelo, como me dijo C.B. antes de emprender ruta. De reojo puedo ver a N.D. cómo se golpea el pecho dos veces, siempre que sorteamos algún piño (grupo). Significa que "viene conmigo". "Si pasái solo por ahí, todos esos longis te hacen rechupete", me diría después.

El trayecto parece infinito y una serie de escenas se cruzan cada vez que levanto la mirada. Mujeres en cucullas empipando la pasta y fumándola para obviar una tarde más. Tipos demacrados también se drogan, mientras niños corren tras una pelota sobre el asfalto frío. No es posible mantener la cabeza gacha.

Ya van casi tres semanas desde el primer encuentro. Algunas veces pasaron días completos en los que no dijeron nada. Sólo se drogaban y dejaban pasar el día junto a mí. Muchas veces me humillaron, y como en un ritual de iniciación, me lanzaron piedras mientras recorríamos la Villa. De vez en cuando recibí puñados de tierra en la cabeza, zancadillas, "guates" (golpes en el cuello). Me llamaron "pollo", "pérkin", "rati", "sapo". Sólo el pasar de los días hizo que me hablaran con confianza.

Mientras avanzamos de regreso a la plaza, C.B. prepara el pito con la habilidad de un torcedor de habanos y A.S. se trenza a "guates"

TODOS JUEGAN Y PAPA GANA



Por la compra
de Anteojos para el Sol
o Armazón & Receta Óptica
más \$3.990

Llévate un espectacular
Juego de Dominó



Vuelve a sentir

**ROTTER
KRAUSS**

www.ryk.com



LAS ZAPATILLAS COLGADAS DE LOS CABLES ELÉCTRICOS TIENEN UN SIGNIFICADO: FRONTERA. DEMARCA EL TERRITORIO DE UNA PANDILLA. NINGUNA OTRA PUEDE METERSE.

con J.G. Ambos conversan. “¿Te acordái cuando nos fumamos los nevasos? (marihuana con coca), de chooro, po”, y se dan un guate. “Sí, y paragua con pasta también. Esa sí que es de choro”, otro guate. “De vio (de vivo), po loco”, dice A.S. y se da vuelta hacia mí con la cara tirante: “Compare, con uno de esos al principio quedái así, entero e duro y después te vai en una volá que dura más que la cresta”.

A.S. al parecer no sabe leer, cada vez que le pregunté si iba al colegio me dice que sí, que asiste a uno nocturno, pero generalmente cambia el tema o se aleja. Si aparece un papel en el piso, los chicos lo recogen y le piden que lea a la fuerza. Jamás lo hace. Todos se ríen.

Al llegar a la plaza ya no queda nada. Hace frío. Está oscureciendo y sólo me queda despedirme de los chicos. Mañana será el último día que los vea. El último de reporte, o de “sapo”, como me llaman ellos. Entonces me despido de cada uno y N.D. promete que mañana hablará conmigo. El resto está demasiado drogado como para decirme algo. Sólo J.G. me acompaña.

J.G. me “convida” a su casa para mostrarme algo. Sus dos armas. Un 22 corto “matagatos”, y una 8 mm. Me enseña cómo las carga. Las arma y las desarma sobre una mesa. Y mientras brota olor a pólvora, me pide que me vaya y que no describa nada más de lo que vi en la mesa.

En la casa no había nadie, ni señales de presencia adulta. Ninguno de los chicos me hablaron de sus padres o familias, salvo cuando algunos días atrás me encontré a N.D. junto a sus padres y lo saludé. De inmediato él me advirtió que no dijera nada, que sus padres no tienen nada que ver con su mundo.

“TE TIRASTE”

Rumbo a la micro me topé con T.P., quien se drogaba con el gas de un encendedor sentado en la cuneta. Le dije un par de cosas, traté de saludarlo, pero sólo me miró con una boba sonrisa pegada en el rostro.

Arriba de la micro volví a mirarlo. Y ahí estaba: T.P. parado junto a mi ventana gesticulando con la mano en forma de pistola y apuntándola contra su cuello. “¡Mañana te vai a tirar (agredir), con-

chetumadre!, andái puro sapeando. No vengái más. Sí venís mañana, te tirái”, me gritaba. La micro partió. No comprendí nada.

Sábado. Es mi último día y al primero del grupo que encuentro –como siempre– es a T.P. Camina hacia mí. Viene por el fondo de la calle, y desde lejos me ve y chispea los dedos. “Te dije que no vinierai”, grita. Entonces se agacha y recoge una piedra casi del tamaño de su cabeza y sigue avanzando. Está a sólo dos metros. Dos cortos metros. Me muevo un poco hacia atrás y le pregunto por qué actúa así. Toma vuelo y cuando carga la piedra por sobre la cabeza para lanzármela, la deja caer por atrás. “Te urgiste, hueón. Te urgiste. De eso se trata el respeto acá”.

No logro responderle nada.

Mientras aún nos miramos cara a cara con T.P., aparece N.D. Viene acompañado del niño con cabeza

de jíbaro y ambos me dicen que ahora quieren hablar. Ahora tienen tiempo. Me piden que los acompañe al canal, porque allá es seguro. T.P. se queda ahí. No lo vuelvo a ver.

LA CASA DEL TRAFICANTE DE ARMAS

Antes de sentarnos junto al canal, tres balazos vuelven a tronar en la misma calle donde venden drogas. ¡Páh!, ¡páh!, ¡páh! Son a dos cuadras de distancia y los chicos no prestan ninguna atención. Sólo murmuran suponiendo el apodo de quien disparó. Nos sentamos.

En el suelo hay escombros, paja, botellas vacías, y un perro con tiña bebiendo agua en la orilla. N.D. prepara un pito y A.S. saca una cerveza de una vieja mochila antes de decir cualquier cosa. Luego de eso me avisan que eche a andar la grabadora, pero que la detenga cuando ellos digan.

Ya estamos de acuerdo. Les pregunto por qué en su barrio hay que tener armas. N.D. responde: “Porque hay que tenerlas, po’. Protección propia. Porque podí andar muy loco y aparece cualquier picao a choro y no tení como defenderte. Pero le sacái el fierro y ¿qué hace?”, dice antes de dar una larga piteada.

Y continúa: “Aquí somos todos zarpaos (choros). Si no, te perkinean (abusan de ti). Yo mismo tengo un amigo que le puso siete balazos a un hueón. Así de simple. Y yo estoy del lado de mi amigo. Ante todo es mi amigo”, dice rascándose la cara.

Le pregunto cómo se consiguen las armas. N.D.: “En casas de traficantes de armas. Es como cualquier casa, claro que en vez de poner un plato de comida en la mesa, te van a poner una maleta o un bolso lleno de fierros. Ahí elegís. Loco, yo he visto M-16. He visto granadas, esas de choro, de tiempo y contacto. Si es cosa de ir, aquí estamos al lado. En ese pasaje no más”, y apunta. “También podís comprar armas en el Bío-Bío o en ferias, pero ahí corrís el riesgo de que te cogotéen. Y es de longi que te cogotéen. Es de

pérkin (pavo)".

N.D. continúa: "Aquí todos hemos disparado. No nos tiembla la mano. Tenés que ser decidido. ¿Yo? Yo le he disparado a los pacos. Eso es de choro. Aquí es respetao el que se pitea un paco". Se van a comprar una cerveza. De vuelta al canal le pregunto cómo se hace una hechiza. Me dice que consiga los materiales, que él mismo me la hace. "Necesitái un metro de fierro de caldera, de esos que no tienen pelillos adentro, que sea del grosor de un tiro de esos pa' conejo, y un metro de fierro que sea un poquito más grande pa' que así podamo encajarlo. El resto es una galleta pa' cortar metal, y una máquina soldadora de las grandes, las eléctricas".

Ahora me habla de las clicas de niños más chicos que ellos: "No sorprende cuando vemos en las noticias que un loco de 13 mató a uno de 15. Acá un cabro de diez años igual anda armado y te puede matar. En la pura descuidá, un urgimiento, te pega un balazo. Hay pandillas de cabros chicos. En mi mismo colegio los cabros van armados, mueven pasta adentro. Kilos de falopa, de todo".

Me cuenta que aquí mismo conoce a un niño de 11 años que se arma antes de ir al colegio. "Si hasta salió en el canal 7 hablando de las pistolas. Ese hueón una vez se cogoteó a todo el curso con un fierro. Cómo nos vamo a sorprender, si es normal cuando un pendejo se pitea a otro. Los cabros chicos se matan acá. Son locos. En el momento no cachan ná' de lo que hacen".

N.D. también me cuenta una particular tradición. Cuando es ve-

rano y las mañanas no son frías, él sale a la cancha con una camisa en la mano. Cualquier camisa. Luego la raja, corta tiras de poco menos de un metro y las reparte entre niños de seis, siete, ocho, nueve, diez, y más años.

"Busquen piedras como ésta", les dice, mostrando una del tamaño de una manzana. Estando todos listos y en sus puestos, N.D. les enseña a usar las boleadoras y a tirar piedras. "Eso se enseña desde chico acá. Todos saben usar una boleadora. Yo les digo que se imaginen a los pacos, a los ratis, a los políticos".

A.S. no aguanta más y se pone de pie. Se sienta, saca un celular con mp3 y el reggaetón comienza a sonar. Fin de la entrevista, ambos ya están perdiendo la atención. Entonces les pregunto qué pasa cuando salen de la Villa y se topan con el resto de la gente, con el mundo de afuera. "El resto son puros longis, unos tontos. No saben de la vida. Nosotros nos sentimos más que el resto. Ellos viven puras tonteras. Nosotros somos más. Nosotros tenemos las armas".

Ya es tarde. El resto de los chicos no aparece por ningún lado y N.D. supone que deben estar en el basural al final de la Villa, correteando chanchos. Decide acompañarme hasta la micro, y A.S. se va por otro lado sin despedirse. "Cada loco en la suya, no más", me dice N.D. Cuando ya estamos en el paradero me pide que no deje de visitarlos. Me estira la mano, me abraza con sus brazos de 17 años y se marcha. Sólo se da vuelta para gritarme "chao, rati", y recordarme los materiales de la hechiza. **S**



Optium
mini™

el medidor de glucosa más
pequeño que una tarjeta de crédito



La muestra más pequeña:
sólo 0.3 µL de sangre

